¡Asu mare!... otra vez 19/04/2013

Liuba Kogan

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

La película ¡Asu mare! ha movilizado a muchísima gente a hacer largas colas en los cines para reírse a pierna suelta y disfrutar -canchita en mano- de la historia de éxito personal de un actor muy carismático como Carlos Alcántara. No cabe duda de que narrativas melodramáticas salpicadas de humor de tinte costumbrista, y acertadas estrategias de marketing, resultan una fórmula ganadora en lo que a atraer público se refiere. Por lo pronto, ¡Asu mare! va camino a convertirse en la película peruana más taquillera de nuestra historia.

Justamente, haciendo la cola de rigor para comprar mi entrada, tuve tiempo de escuchar algunas de las opiniones que intercambiaba el público: “al fin una película peruana que no es un plomazo”, “no entiendo a los que disfrutan de las películas densas que ganan festivales” y “ya ven… no tiene sentido que el estado apoye la realización de películas porque la empresa privada logra éxitos de taquilla”. A la salida, capté al vuelo la conversación de varias personas que afirmaban que “así debían ser todas las películas peruanas”.

Disfruté ¡Asu mare! -de la que no haré crítica cinematográfica-pero por otra parte quedé desconcertada por las consecuencias que se podían derivar de las algunas de las afirmaciones del público, que creo yo- parece sospechar que la única función del cine es su capacidad de entretención. No quisiera partir de las ideas de Vargas Llosa en “La civilización de espectáculo” de las que se podría derivar la afirmación de que unas películas son arte y otras no lo son. Ni tampoco plantear la distinción entre lo culto y lo ligero como oposición radical. Ya que la distinción entre arte y entretenimiento no es tajante (porque las obras de arte pueden ser entretenidas y los productos de entretenimiento pueden hacernos pensar y producirnos goce estético); pero creer que el cine solo debe ser entretenimiento ligero es un sinsentido. Evidentemente queremos entretenernos, pero ello no es lo único que nos puede y debe brindar el cine.

Por lo expuesto, señalar que todas las películas deben o pueden ser iguales, es un exceso. Debe haber espacio para diferentes tipos de películas y apoyo del Estado para favorecer aquellas perspectivas artísticas –que si bien no serán necesariamente taquilleras- proponen mundos posibles, nuevas sensibilidades y lecturas alternativas sobre la realidad. No olvidemos que los artistas se adelantan a la época, ponen en agenda temas de interés olvidados por la academia o la política y nos empujan a pensar, gozar estéticamente y a imaginar: el cine es entretenimiento e industria pero no solo eso. También hay público para los “plomazos”, para el cine de autor y para todos los géneros imaginables. ¿Seríamos capaces de proponer que solo se escriban novelas cómicas o que no se apoyen concursos literarios de poesía?

Esperemos que el merecido éxito de taquilla de ¡Asu mare! anime a las empresas privadas y al estado, a seguir apoyando y promoviendo la por ahora exigua producción cinematográfica nacional.